

que S. Juan solo fué el que como interesado en este hecho nos dejó por escrito la última disposición del Salvador, porque estimaba mas, dice el insigne doctor, que el que era vencedor de los tormentos y del demonio se acordase de lo que debía á la madre, que oír que prometia el reino del cielo al buen ladron. Con efecto si fué obra de una alma santa perdonar á este, mucho mas lo fué cumplir con su madre en semejante trance. Parece que debo de concluir aquí con estas palabras del glorioso S. Pedro Damiano: «Enmudezca toda criatura: tiemble con la consideracion de tal maravilla; no se atreva á levantar los ojos para contemplar un poder tan inmenso y una dignidad tan eminente (1).»

### TERCERA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.**

#### CAPITULO IV.

QUE FUE LA NODRIZA Y EL AYA DEL VERBO DIVINO.

Es una cosa tan importante la crianza y educacion de los reyes, que el filósofo Platon recopilando las costumbres mas loables observadas antiguamente en la corte de

tan perfecto en el amor divino, que no podia Jesus encomendar á nadie mejor aquella paloma sin mancha, aquella mansa oveja, aquella victima immaculada,

aquella con quien no puede ser comparado ninguno entre los hombres, aquella que es ensalzada sobre todas las criaturas.»

(1) In cap. XXIII Luc.»

los persas pone entre la primera y mas notable el cuidado que tenian de dar á los hijos de sus reyes, y especialmente al que habia de suceder en la corona, nodrizas elegidas entre las princesas del reino y adornadas de singulares prendas (1). Y si la razon enseña que nunca es bastante todo el cuidado y vigilancia para educar bien á un hombre que ha de gobernar á los demás con soberana potestad, y si los hombres con su escasa prudencia han puesto tanta diligencia en esto; ¿qué calidades habrán de buscarse en la nodriza y aya de Dios? ¿Y qué habremos de presumir de la infinita providencia del Padre eterno y del amor que manifestó á su unigénito hijo en esta parte? Aun cuando no tuviéramos otro motivo para formar en nuestra mente un alto concepto de las grandezas de la Virgen, me parece que seria mas que suficiente para colegir en virtud de la eleccion que Dios hizo de ella con preferencia á todas, que fué la mas completa de cuantas han existido en toda suerte de perfecciones. Pero entremos en materia, y espero que el contexto de este discurso obligará á confesarlo así.

(1) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Salomon nos da una idea muy adecuada á nuestro intento cuando dice: Yo era hijo de un padre que me educó, y de una madre que me crió tiernamente como si hubiera sido yo su único hijo. Él me enseñaba y me decía: *Reciba tu corazon mis palabras; guarda mis preceptos, y vivirás*. Salomon era amado con predileccion de David, á quien debia de suceder en el primer trono del mundo, y atesta que el rey su padre tenia particularísimo cuidado de en-

señarle él mismo para hacerle digno de la elevada categoria á que le habia destinado Dios por su nacimiento y aun mas por una eleccion particular, prefiriéndole á todos sus hermanos. Él me enseñaba, dice, y queria que yo aprendiese á obedecer á Dios y oír la razon antes de mandar á los hombres. Esto nos enseña que el verdadero amor de los padres consiste en proporcionar á sus hijos una excelente educacion, que sea como una segunda naturaleza.»

§. I.—De la excelencia de la calidad de nodriza y aya del Verbo encarnado.

I. Santa y llena de extática dulcedumbre fué la pregunta que el profeta Jeremias hizo á Dios diciéndole: «Esperanza de Israel, salvador suyo en tiempo de la tribulación, ¿por qué has de ser en esta tierra como un extranjero y como un caminante que se aparta para buscar posada (1)?» Meditando sobre este pensamiento decia yo para mí: ¿no será esta una señal y un extremo de la rusticidad de los suyos, que segun testimonio del discipulo amado quisieron desconocerle y le trataron como á extraño en las ciudades y en los propios estados de él? Pero ¿no será tambien para enseñarnos por su ejemplo el desprecio de las cosas perecederas y hacernos comprender á lo vivo que todos somos peregrinos en la tierra? Cerca de mil y doscientos años há que el mundo admira la magnánima resolucion del incomparable S. Alejo, y aun ahora no puede uno menos de pasmarse y creo que el asombro llegará hasta la última edad del mundo. Con efecto era un espectáculo bien nuevo ver á un señor joven, el mas gallardo, noble y rico de la capital del orbe, esconderse y pedir hospedaje por amor de Dios en su propia casa, siendo extraño y peregrino entre los suyos, mendigando en el seno de las riquezas que le pertenecian, abatiéndose y humillándose entre sus criados y aposentándose en un miserable chiribitil que tenia apariencias de calabozo. Confieso que el ejemplo es raro; pero pierde uno toda razon y todo discurso cuando le llega á confrontar con el del rey de la gloria, que vino como extranjero al mundo, obra de sus manos, y quiso mendigar su vestido, su sustento y su mora-

(1) Jerem. XIV.

da, siendo el monarca de sus vasallos, el criador de sus criaturas, el Dios de los hombres; y con esto está dicho todo.

II. ¿No será á mayor abundamiento para que palpeemos la gran estimacion que hace de la hospitalidad, pues no contento con recomendarla en tantos lugares y de tantos modos prometiendo considerarla como hecha á él mismo y dar un reino en el cielo al que por amor suyo albergue á los pobres, no contento con hacer disfrazar muchas veces á los ángeles en peregrinos y aun en su propia persona para ser hospedados por Abraham y otros muchos santos del viejo y nuevo testamento, se hace él mismo objeto de la misericordia de los suyos, albergándose en las casas que les habia prestado, y viviendo de las limosnas que les habia hecho? Almas escogidas, contad entre los pueblos las admirables invenciones del amor que nos tuvo Dios, pues para hacernos ganar el cielo no le bastó enviarnos comisionados suyos que recibieran nuestras limosnas, sino que se dignó de venir á recogerlas en persona para poder presentarlas á su eterno padre y pedir mas libremente el cielo en cambio del poco bien que habia recibido de nosotros en la tierra.

III. Como los pensamientos de los hombres son libres, los otros creerán lo que quieran: yo diré francamente lo que me parece, y es que uno de los motivos mas suaves y poderosos que tuvo para tomar el vestido de peregrino, fué el de ser criado, educado y servido por la Virgen sin par, y ensalzarla así cuanto puede serlo una criatura debajo de su soberana majestad. Muy extraordinarios debian de ser los inocentes atractivos de Maria, cuando llegaron hasta el cielo y fueron capaces de atraer al Verbo divino del seno de su eterno Padre y hacerle venir á la tierra para ser criado, sustentado y educado por la misma señora. «No nos figuremos, decia el obispo Proclo

en el concilio de Efeso (1), que el hijo llevado por la Virgen en sus sagradas entrañas era diferente del que ab eterno habitaba en el seno del Padre, y que el niño que María tenía en sus brazos, era otro que el que caminaba en alas de los vientos.» En esto reconocen los santos doctores, y especialmente S. Gregorio Taumaturgo y S. Juan Damasceno, unos caracteres de tan majestuosa grandeza en la madre de Dios, que quedan pasmados. «Qué es lo que oigo y lo que veo? dice el primero: una virgen que faja al que está vestido de luz; una doncella que envuelve en pañales al que formó á todas las criaturas, que alberga en un establo al que está sentado sobre los querubines y es alabado de millares de spiritus bienaventurados (2).» Es preciso confesar, oh Virgen santísima, que por todas estas consideraciones, que tienen una relacion tan particular con el Verbo encarnado, tus méritos exceden á todas nuestras alabanzas. El segundo dice (3) que es mas noble que todo lo criado, porque suministró al artífice de todas las cosas la carne y la sangre que unió él á su divinidad, porque le sustentó con su leche y estampó muchas veces sus labios en la boca de él: en una palabra que precisamente habia en ella alguna cosa extraordinaria, por la cual la escogió el Padre eterno para madre y nodriza de su único hijo (4).

§. II.—Del cuidado y cariño con que la Virgen santísima crió, educó y sirvió á su amado hijo.

I. Si se oye hablar á Marta, la caritativa huésped del Salvador, parece que no se acuerda ya de la condicion privilegiada de su hermana María, ó que no sabe que la

(1) Orat. de nativ. Domini.

(3) Orat. 2.

(2) Serm. 4 de Annuntiat.

(4) V. la nota B al fin del t.

contemplacion no tiene pies para andar, ni manos para trabajar, ni corazon para estar solícita como ella. S. Bernardo discurre mejor á mi juicio cuando dice (1) que en tal caso correspondia mas á María llamar á Marta en su auxilio que á Marta turbar la quietud de María. Con efecto si consideramos cómo Marta y María se entendieron y conciliaron perfectamente en la madre de Dios, según queda dicho en el capítulo III del tratado primero, hallaremos que María fué verdaderamente la que atrajo del cielo al Verbo divino y practicó la union que este formó con nuestra naturaleza, porque como dice el mismo S. Bernardo, María no tiene casa para hospedar, ni manos para servir, ni pies para caminar, ni cuerpo para soportar la fatiga. Esa es la tarea y ocupacion de Marta, á quien vamos á ver santa y tranquilamente solícita al rededor de nuestro Señor para criarle, educarle y servirle.

II. Preguntan los jurisconsultos si las señoras de distincion están obligadas á la lactancia de sus hijos. Acerca de esto diré en primer lugar que si pretenden algun privilegio en esta parte, es claro que no procede de la naturaleza, la cual les da pechos y leche como á las otras mujeres para que crien á sus hijos formados de su propia sangre. Si se me insta mas, diré á tales señoras que acudan á los sabios de la antigüedad y á los santos doctores de la iglesia (2), y de seguro recibirán duro tratamiento y nunca serán juzgadas dignas de ser madres si quieren serlo á medias y no por completo. Esos grandes hombres les pondrán delante los ejemplos de Hécuba, reina de Asia, que tuvo á gala dar de mamar á su hijo Héctor; de la prudente Sara y la virtuosa Ana, que equi-

(1) Serm. 3 de Assumpt.

(2) S. Ambr., l. 7 in Hexam.

valian á unas princesas en sus tiempos, y la primera crió á su Isaac y la segunda á su Samuel; de la noble Flaccilla, mujer de Teodosio el Grande, que no quiso nunca confiar á nadie la crianza de su hijo Honorio; y de otras muchas que no pudieron persuadirse á que los títulos de madre y nodriza fuesen oficios capaces de dividirse. Yo dejo la resolución á los mas sabios y digo por mi parte que sé muy bien que ninguna especie de privilegio podia dispensar de esta obligacion á la Virgen, porque Dios la habia elegido expresamente para que la cumpliese con su hijo, y el cielo habia llenado milagrosamente sus pechos con ese solo fin, como canta la iglesia.

III. Pero todavía sé mejor que aun cuando todas las leyes y costumbres del mundo la hubieran eximido de ese deber, nunca habria podido ella resolverse á usar de tal exencion; porque ¿cómo habia de haber tenido valor para abandonar tan pronto al tierno peregrino del cielo que se habia echado en sus brazos y la habia escogido con tanto cariño excluyendo á todas las demás mujeres? ¿Cómo habia de haberse privado voluntariamente de las dulces caricias que embelesaron su alma durante la menor edad del Salvador? ¿Cómo habia de haber consentido en ceder á otra la mitad del derecho de madre de Dios y traspasarle enteramente la calidad de nodriza de su criador? ¿Cómo habia de haber hecho tan poco caso del inestimable favor anexo á esta calidad? ¿No sabia que la leche que le daba, se convertiria en la sustancia de Dios y se uniria al Verbo divino en la unidad de su persona lo mismo que la preciosa sangre que le habia suministrado en sus entrañas? Así pesan las almas santas en la balanza del santuario la calidad de nodriza de Dios; de suerte que si fue para ella una incomparable merced ser madre de su criador, es preciso confesar que la que mas se acerca á ella, es el honor de ser nodriza de Dios; porque así como lo que se adora en el cielo y en

el santísimo sacramento del altar, es la carne formada de la sangre purísima de Maria, así el objeto de la creencia de los pueblos no es otro que el que se sustentó con la leche de aquella señora. ¡Oh quién pudiera decir qué cuidadosos estaban los santos ángeles de que no se perdiese una sola gota y con qué respeto daba de mamar á su Dios la casta doncella, qué obligacion juzgaba tener al que la habia elegido para tan alto oficio, y cuáles eran sus sentimientos cuando se figuraba que aquel alimento pasaria á ser la propia sustancia de su criador!

IV. Pero ¿qué diré de la educacion de este principe del cielo y del cuidado con que la Virgen santísima le crió y sirvió en la niñez? Las historias profanas nos cuentan cosas extraordinarias de los dos Gracos, ilustres romanos, y de la diligencia y celo con que los educó su madre Cornelia: así salieron tan cumplidos aquellos dos mancebos, que la esclarecida matrona tenia por sus joyas y su tesoro. Salomon celebra en dos lugares de las santas escrituras el amor y la prudencia incomparable de su madre Betsabé, deseando que la posteridad se aprovechase de los singulares documentos recibidos de ella mientras era niño, y que supiesen todos cómo mezclaba las provechosas lecciones con las caricias y cómo templaba la gravedad de maestra con la bondad de madre llamándole su Samuel, es decir, el que tiene á Dios consigo, por la buena índole que notaba en él. Pero si el Salvador hubiera permitido que se nos describiese menudamente su santa infancia y que los evangelistas recopilaran todos los rasgos de la sabiduría de su santísima madre, así como los de su extremo abatimiento, las buenas almas no querrian dejar nunca de la mano tan sabrosas pláticas: porque creo firmemente que á la manera que Jesucristo quiso hacerse semejante á sus hermanos en todo lo demás, segun dice

S. Pablo (1), así también se sujetó á tomar las lecciones de su madre para cumplir toda justicia, como dijo después á su humilde precursor. ¿Y por qué no lo había de hacer siendo aun niño y respecto de su venerada madre, cuando á la edad de doce años hallándose entre los doctores les preguntó y los oyó como si fuera un estudiante?

V. ¿A quién parecerá raro que Jesús aprendiese de su buena madre á andar, hablar y todo lo demás que es propio de esta tierna edad? Porque como la virgen María era capacísima de la dispensación divina, conocía muy bien lo que Dios deseaba de ella, y con una profunda humildad unida á una indecible obediencia vencía todas las dificultades que podía ofrecerle su entendimiento acerca de la educación de la sabiduría encarnada; de suerte que habiendo consentido en ser madre de Dios se persuadía á que era un misterio en que había que caminar á ciegas, y efectuar todo lo que dependía de ella y Dios deseaba sin otra consideración que la voluntad de su majestad. Y así como su humildad la abatía hasta el centro de la tierra en medio de tales deberes, su obediencia la hacía pasar adelante para cumplir puntualmente la divina voluntad. Dios de amor, ¡cómo deleitaria ver y oír la enseñanza que tan sabia madre daba á su niño Jesús! ¡Qué grata ocupación para una alma considerar por un lado que el hijo se portaba como los demás hijos y se sometía á aquel aprendizaje con pasmosa humildad, y por otro que la madre se abismaba en el piélago de los juicios divinos y los meditaba en su corazón!

VI. Pero en lo que se ocupaba con más dulzura y menos recelo; era en los servicios menores que exigía la infancia del Salvador. En esto andaba solícita cual otra

(1) Ad hebr. II.

Marta para no desperdiciar ninguna ocasión de servirle. Pero he dicho poco; la voluntad de Marta no era nada en comparación de la de María, ni aun todo el amor de los espíritus bienaventurados. Explicando el abad Ruperto estas palabras de los Cantares. «El suave olor de tus perfumes sobrepuja todas las composiciones aromáticas;» las aplica á la Virgen santísima diciendo (1) «que no hay ninguna comparación entre las obras de misericordia de los otros santos y los servicios que hizo la reina del cielo á su amado hijo.» S. Anselmo lo deduce mucho más particularmente en estos términos: «Considerad, os ruego, la diferencia que hay entre la Virgen santísima y los que se meten á desempeñar el oficio de Marta. Los otros albergan á algún pasajero del pueblo, y la Virgen hospedó no en su casa, sino en sus entrañas al hijo único de Dios, que no tenía donde reclinar su preciosa cabeza. Los otros dan al pobre un vestido de lino ó lana, y la Virgen dió la vestidura de su propia sustancia al Verbo encarnado. Los otros distribuyen los manjares superfluos de la mesa, y la Virgen convirtió su propia sustancia en leche para alimentar á su hijo. Además ved con qué diligencia y amor le acuesta, le levanta, le mece, le duerme, le despierta, le lava, le muda, le faja, le calienta, le tiene, le acompaña, le sirve y hace todo lo que puede hacer una madre por un hijo. ¿Qué criatura hizo jamás ninguna cosa por Dios con un esmero y amor igual al que puso esta madre incomparable en servir á su amado hijo hasta en las cosas más pequeñas (2)?»

VII. «Ningun hombre de recto juicio pondrá nunca en duda, dice S. Agustín (3), que María se hizo la humildísima sierva de su hijo no menos por la firmeza de

(1) Lib. 2. in Cant.  
(2) Serm. de Assumpt.

(3) Serm. 75 de sanctis.

su fé que por la constancia con que le sirvió. Ella le tuvo en sus entrañas, le crió, le libró de la persecucion de Herodes, no se separó jamás de él durante su infancia, le acompañó siendo hombre hecho, y ni aun la muerte la impidió de hallarse al pié de la cruz: le siguió mas imitando sus virtudes que pisando sus huellas, llevada del indecible respeto que le tenia como á su Dios. Asi pues como fué su devotísima sierva por la calidad de las obras espirituales, así fué su fidelísima compañera por la integridad de su fé y su ardiente caridad. » Este insigne doctor toca una cuerda admirable, es decir, la viva fé que animaba á la Virgen, guiaba todos sus pasos y daba impulso á todas sus obras, porque ni hubo jamás un entendimiento iluminado con la fé y el don de celestial sabiduría como el suyo, ni la igualó nadie en el celo y cariño con que sirvió á su divino hijo hasta espirar.

VIII Vosotros lo sabeis, espíritus bienaventurados; vosotros lo sabeis por haber sido testigos irrecusables y fieles compañeros de todos los servicios que ella le hizo; y no obstante advierte S. Buenaventura (1) que la humildísima Virgen se afligia visiblemente cuando veia que con motivo suyo era vilipendiado su hijo y oia á los judíos llamarle por desprecio el hijo de José y de María. Virgen santa, ¿por qué se aflige así tu corazón? No pares mientes en las palabras de esos hombres protervos: son ciegos que llevan otros ciegos al precipicio. Dejad pasar esa borrasca, que se sosegará dentro de poco tiempo y será seguida de la bonanza: entonces se publicará por todas partes en honor de la madre y del hijo que Jesus es el hijo de María y María la madre, nodriza y aya de Jesus. Entonces en lugar de esos vituperios inhumanos los fieles hijos de la iglesia invocarán á aquel á quien sir-

(1) Specul. cap. 4.

ves ahora, y con particular dulzura le llamarán el hijo de María. Desde aquel punto tan lejos estarán las almas justas de despreciarle por ser tu hijo y tu querido sustento, que al contrario los ángeles le honrarán en toda la eternidad no solo por su singular mérito, sino como al hijo de la madre mas sabia, mas santa y mas cumplida de todas. Acuérdate solamente de tus pobres hijos y del deseo que tienen de acompañarte para bendecir por siempre al hijo con la madre y á la madre con el hijo.

§. III.—De las grandes dotes de amabilidad, gracia y honor que recibió la santa Virgen por los servicios hechos al niño Jesus.

I. No bien comienzan los niños á hablar con balbuciente labio, cuando ya pagan á medias con sus caricias, sus gracias y monadas infantiles el trabajo que las madres y nodrizas se toman por ellos; y seria difícil soportar las incomodidades que causan, si no se compensaran de esta suerte. Pero hablando de la Virgen puedo decir con toda verdad que nunca hubo una madre tan colmada de dulcedumbres y consuelos como los que recibió ella durante la infancia de su amado hijo.

*Delicias que la Virgen santísima sintió y gracias que recibió en la educacion del Salvador.*

II. Para expresar las delicias de que fué inundada su santa alma, seria preciso haber experimentado algo de aquellos desahogos del corazón y de aquellas dulcedumbres celestiales. Tal vez bastará decir que así como no hubo jamás un niño comparable con Jesus, esto es, tan amable por su apacible genio y gallardo entendimiento, ni tan cumplido en todo cuanto obraba, así tampoco hubo un corazón dispuesto como el de María á gozar de las inocentes caricias que le hacia su querido hijo, y de la